



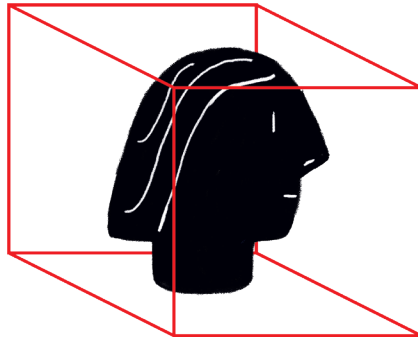
CUARTO OSCURO

María José Sarmiento • Valentina Martínez M.



EL CUARTO OSCURO

EL CUARTO OSCURO



MARÍA JOSÉ SARMIENTO

ILUSTRACIÓN
VALENTINA MARTÍNEZ M



© Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

El cuarto oscuro

ISBN 978-958-5544-89-5
ISBN (Digital) 978-958-5544-90-1
ISBN (E-PUB) 978-958-5544-91-8

Editorial Politécnico Grancolombiano
Calle 61 No. 7 - 66
Tel: 7455555, Ext. 1516
Bogotá, Colombia

Mayo-2019

Autor(es)
María José Sarmiento

Todos los derechos reservados

Diseño e ilustración
Valentina Martínez Muruaga

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

Editor(es)
Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Tellez Pedraza

Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Sin derivar - Compartir igual.

Lider de publicaciones
Eduardo Norman Acevedo

Analista de Producción Editorial
Carlos Eduardo Daza Orozco

Este libro es resultado de un proceso académico-investigativo de la Facultad de Ingeniería, Diseño e Innovación y la Facultad de Sociedad, Cultura y Creatividad.

Corrección de Estilo
Hernán Darío Cadena

Xpress Estudio Gráfico y Digital

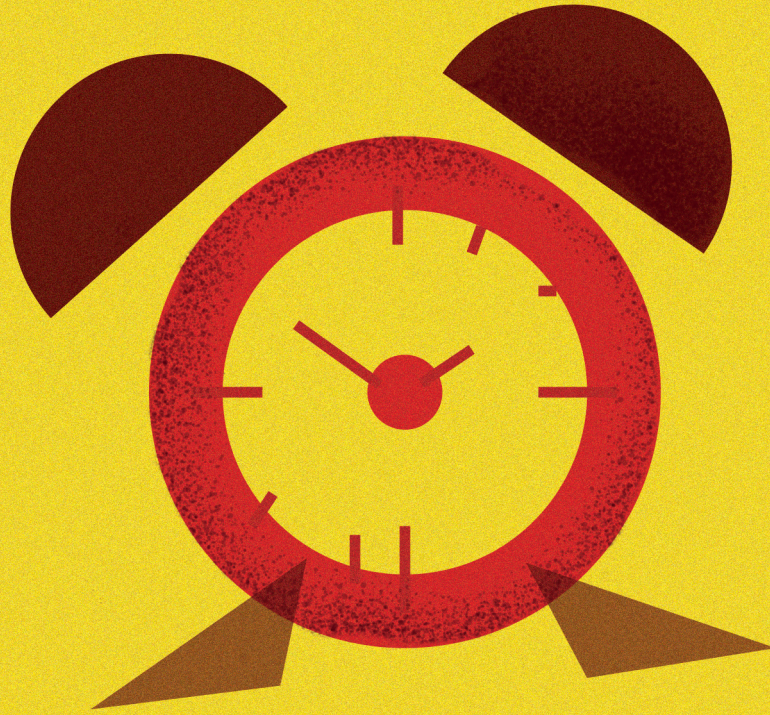
Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

Creado en Colombia
2019

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC).

“Después de todas las cosas que había visto y por las que había pasado, sabía que las sombras podían ser peligrosas. Podían tener dientes.”
-Stephen King





Suena el despertador. Veo todo oscuro. Entra en mí un sentimiento de desesperanza, ¿por qué? Abro mis ojos y entra una luz blanca a mis pupilas. Enfoco el despertador y lo apago.

Me levanto de la cama y, aunque me siento mareada, camino hacia el baño. Empieza la rutina. Me miro al espejo y veo algo diferente en mí, parece que hoy va a ser un día especial. Mi baño está compuesto de una ducha, un poco pequeña, y un inodoro al lado derecho de ella, seguido de un mueble en donde se encuentra estorbosamente un lavamanos; en el espejo tengo unas calcomanías pegadas -de cuando era niña- en forma de números y mariposas: el 3 rojo; el 2 amarillo; el 1 verde y, mi favorito, el 4 morado. Mi espejo no es muy grande, pero sí lo suficiente como para alcanzar a ver mi cuerpo hasta las rodillas. Nunca me ha gustado mi cara, siento que tengo la nariz muy grande, pero no importa, hoy me siento diferente. Abro la llave del lavamanos y el agua está fría, extrañamente me recuerda el azul del cielo, me lavo la cara y luego entro a bañarme.

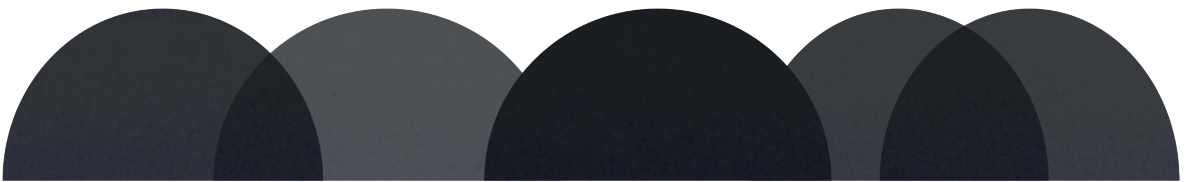
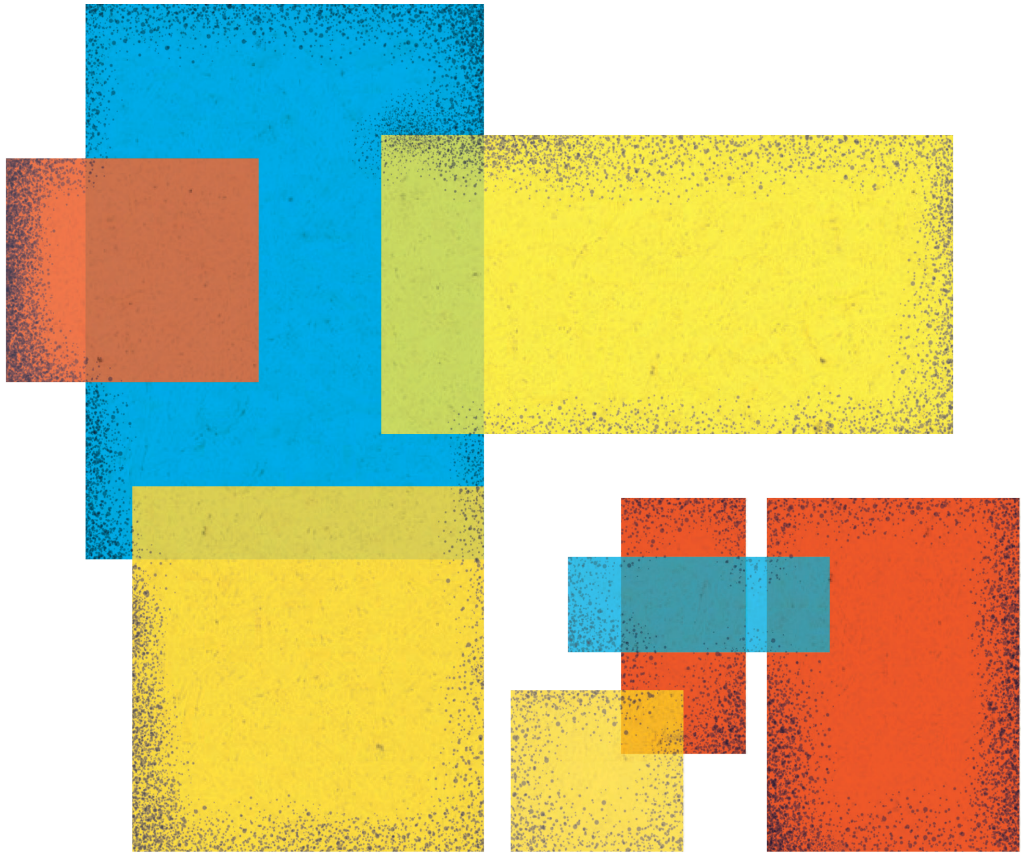






Se me hace tarde, ya son las 6:30 y debo irme para el colegio. Bajo a desayunar con mi mamá. Es tan bonita. Le digo: “Gracias por el desayuno”. Siempre me hace huevos con tocineta, cebolla y tomate. Como rápido y me tomo el café de igual manera. Mientras me despido de Frank, mi gato color amarillo atigrado, mi mamá me cuenta que mi hermano ya se fue. Le doy un beso a Frank y le digo cuánto lo amo, luego un beso para mamá y salgo corriendo.

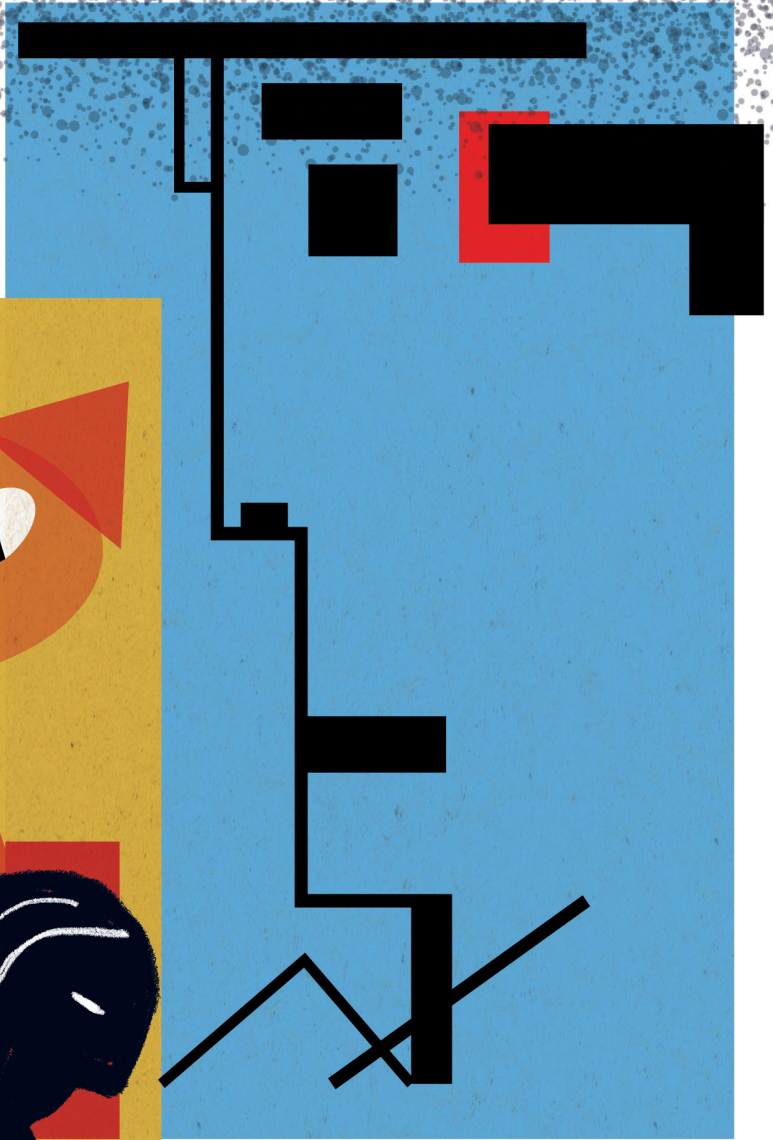
El bus no pasa y voy tarde. Empiezo a desesperarme, no puedo quitarme de encima la sensación de estar viviendo otra vida, como si hoy fuera un día especial. Cuando finalmente llego al colegio me pongo a estudiar. Para hoy tengo que pasar a exponer sobre la carrera que voy a estudiar cuando me gradúe el próximo año: Arquitectura. Después de la clase, la profesora nos dice que durante los descansos va a haber una exposición de dibujos de los niños del taller de pintura. Cuando suena la campana salgo con María y, mientras le cuento lo que me pasó el fin de semana, empezamos a observar los dibujos de la exposición sin prestar mucha atención.



María me hace un chiste, un poco tonto, pero me río y una pintura llama mi atención en ese preciso momento. Es un gato, como Frank; parece que lo hubieran retratado. Al lado de este dibujo hay una pintura de un hombre apuntándose a la cabeza con una pistola. PAUSA. Siento un vacío inexplicable en mi corazón.

¿Quién habrá podido dibujar semejante cosa? Me empieza a doler la cabeza, como si alguien me acabara de lanzar una piedra justo en ella. Me dan ganas de vomitar. Tengo miedo de poder desmayarme. Le pido ayuda a María para que me lleve al baño.





Estando en el baño, María me deja sola mientras va a llamar a la enfermera. Ya estoy mejor. No sé qué pasó. Me miro al espejo en busca de alguna imagen conocida, intentando sentirme segura con mi reflejo.



Abro la llave del lavamanos y me hecho agua en la cara. Una voz que sale de uno de los cubículos del baño me dice: “eres una tonta, deberías irte ya”. Pensé que estaba sola en el baño. “Lo siento, no quise incomodarla”, contesto. “Tonta, lárgate de acá, huye”. Es extraño, estaba casi segura de que no había nadie más. Miro con atención a los cubículos en busca de los pies de la mujer irritada, no veo nada. “¡QUE TE VAYAS!”, me grita. Salgo corriendo.

Por un momento hubiera podido jurar que la voz salió de mi cabeza. Me tropiezo con María y con la enfermera. La enfermera me toca y tantea mi frente con la palma de la mano, como si su extremidad fuera un termómetro. Me molesta terriblemente su presencia, quiero gritarle. No entiendo por qué, si la señorita no me ha hecho nada y yo no suelo ser grosera, pero igualmente sigo mi impulso y le grito que me deje quieta. Salgo corriendo por la puerta principal. Me aseguro de que nadie me persiga. Corro y corro, hasta que paro un taxi y me dirijo a casa.

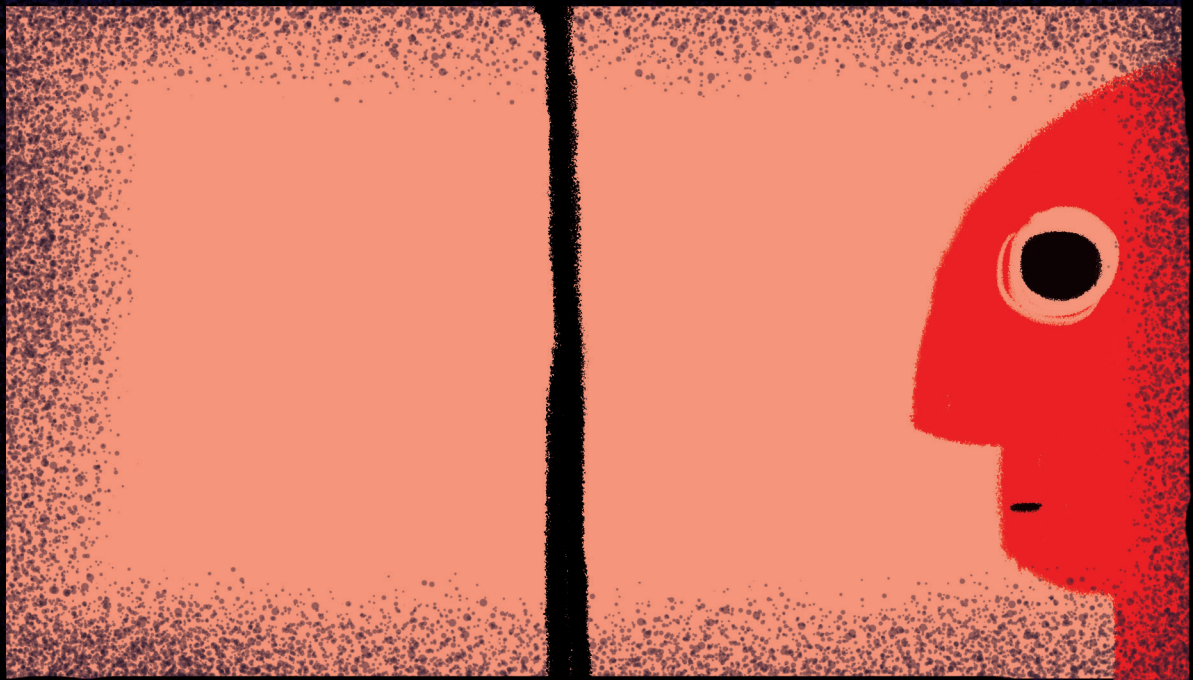


Cuando llego, mi mamá me saluda preocupada y yo la abrazo muy fuerte; por fin estoy en casa, a salvo. No entiende por qué llegué tan temprano. Mientras intento explicarle todo, con pelos y señales, la empiezo a detallar y me doy cuenta de que no la reconozco... es decir, sé que es mi mamá, pero su cara me parece distinta, como si nunca la hubiera detallado bien, como si tuviera un filtro encima el cual no me deja verla con claridad. Me desconcierto, ella lo nota. “¿Qué pasa, mi vida?”, me pregunta. “No eres tú, ¿eres una sombra!” Qué vergüenza, corro a mi habitación para esconderme. ¿Cómo? Ni yo entiendo lo que acabo de decir, estoy muy confundida ahora mismo, siento que me voy a caer al piso. Me recuesto en mi cama y cierro los ojos. Mientras me voy quedando dormida empiezo a escuchar ruidos muy extraños: zapateos duros, un grito, alguien que me llama por mi nombre.





Se abre la puerta de mi habitación y entra mi hermano. Está vestido con su típica chaqueta de jean, su camiseta negra y los pantalones que le quedan grandes. Lo primero que hago cuando lo miro es sonreír, pero, inmediatamente, me siento hipnotizada. Solo puedo concentrarme en el negro profundo de la camiseta, es muy oscuro, muy triste, me da rabia. Empieza a hervirme la cara, siento que me pongo roja. No puedo retener mi enojo y empiezo a gritar. Mi hermano se asusta. “¿Qué tienes, Regina?” “Te voy a matar”, le grito. Hago un puño con mi mano y lo golpeo muy fuerte en el estómago. Siento que se calma mi ira.



Mi hermano está llorando, ¿por qué? Mientras escucho el llanto de mi hermano, desconsolado, siento una bofetada en toda la cara. “¿Qué pasó? ¿Por qué le pegas a tu hermano?” Yo no le pegué, yo estaba saludándolo y de pronto empezó a llorar. Mi mamá me regaña, pero no entiendo cuál es el problema, no he hecho nada malo. Tengo rabia y ganas de llorar. Me siento mareada todavía y me duele la mano. No he hecho nada malo, ¿o sí? “Claro que no, felicitaciones”. Volteo la mirada, ¿quién me ha dicho eso? Veo la silueta de un hombre en la ventana mirándome fijamente.

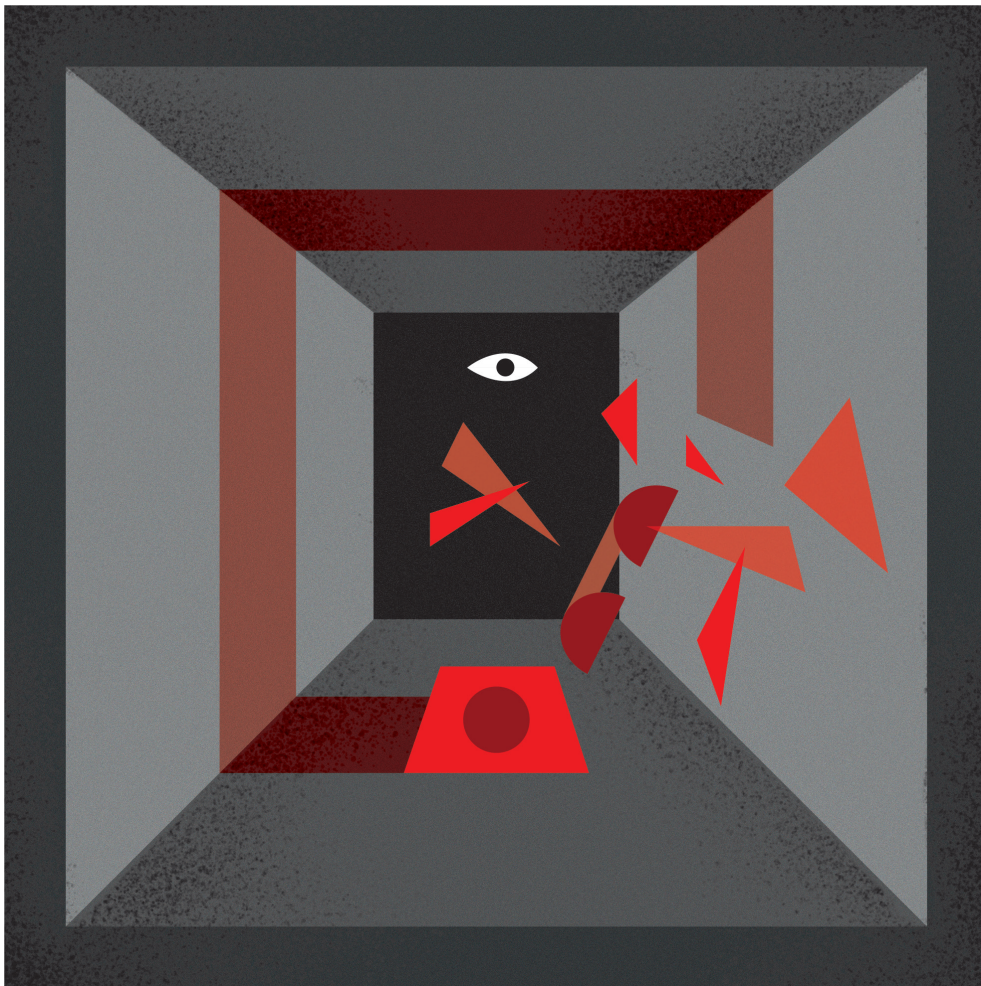


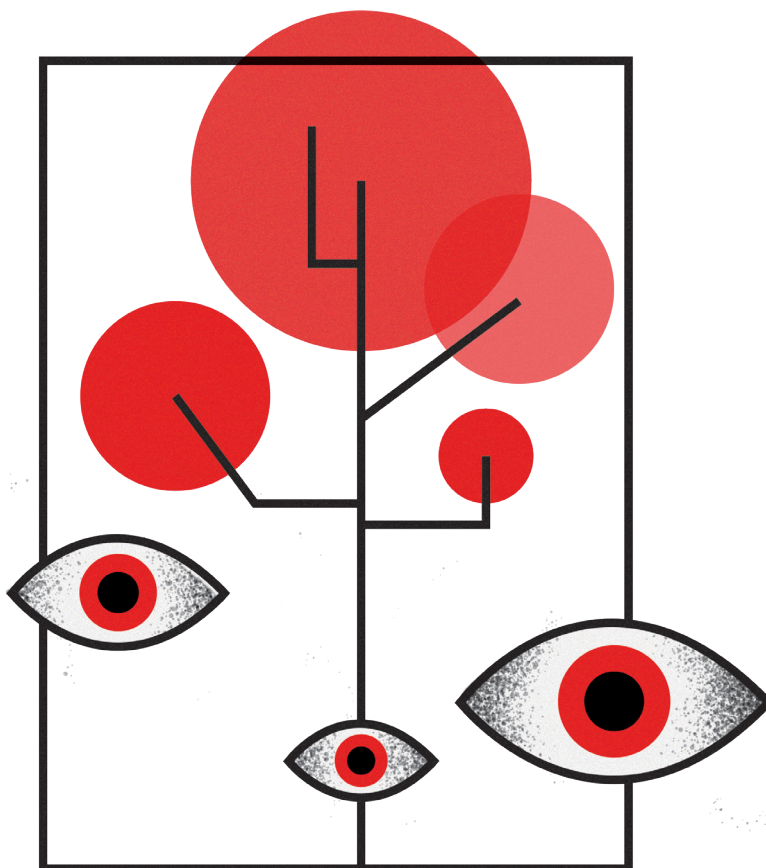
Me meto en mi baño y me hecho mucha agua fría en la cara. ¿Quién es él? ¿Por qué me mira? ¿Por qué me felicita? Levanto la mirada al espejo. Alguien me está mirando. Yo no lo veo, pero sé que alguien me mira. “¿Quién está ahí? ¿Qué quiere?”, no escucho respuesta.

De repente, empiezo a ver cómo se dibujan en el espejo tres sombras con figuras humanas, las cuales se posan justo a mi alrededor. “Eres una tonta, mátate” ... SILENCIO... “¡MÁTA-TE!” El número tres me está hablando, no lo puedo creer, se mueve y me habla. “¿No entiendes? ¡Que te mates!”

Miro asombrada al número tres. Cuando me habla parece que le creciera una pequeña boca que se mueve. Empieza a balbucear otras cosas más, pero no entiendo qué es lo que dice, lo único que sé es que me da miedo, me dice cosas feas y me aconseja hacer otras peores. No entiendo por qué siento que debo hacerle caso. Debería matarme. Él tiene razón, es sabio, pero me da mucho miedo. El rojo de su silueta me penetra en los ojos, no puedo dejar de mirarlo. “¡PARA! NO HABLES MÁS”, le grito desesperadamente. Suena el timbre del teléfono, alguien llama. ¿Voy o no voy a contestarlo? Vuelve a sonar el timbre. Dejo al tres hablando solo y, con un poco de mareo, me dirijo a las escaleras.

Bajo con cautela, no quiero caerme. Llego a la sala, donde el teléfono suena cada vez con más intensidad, como si sintiera mi cercanía y me dijera a gritos que lo conteste. “¿Aló?” ... “¿¡Aló!?!”
... Nadie habla. Insisto. “¿ALÓ? ¿Qué necesita?” Escucho que alguien respira, pero no habla. Mi corazón empieza a acelerarse al ritmo de la respiración de mi interlocutor. Me sudan las manos y la frente. Me duelen los pies. Empiezo a ver luces que parpadean como las estrellas. Cuelgo. Vuelvo a levantar el auricular. No escucho nada. Repito esto tres veces más. Por fin escucho nuevamente una respiración.

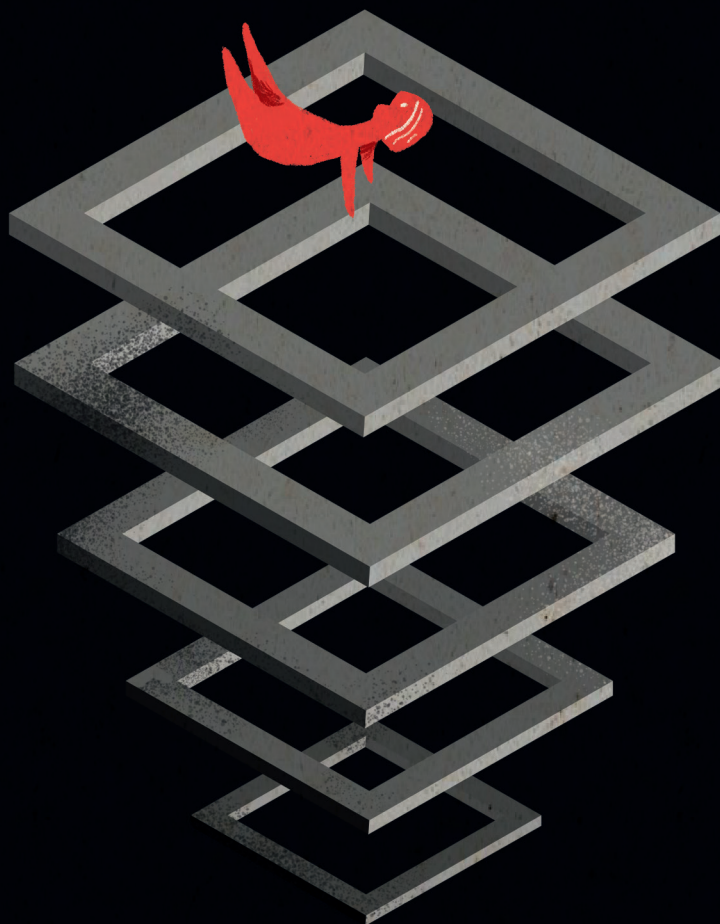




De repente, suena el timbre de la casa. Cuelgo el teléfono, asustada. Me dirijo a la puerta. Miro por el ojo de ella para saber quién es, pero no veo a nadie. Abro la puerta sigilosamente, no hay nadie. La cierro. Vuelvo a escuchar el timbre. La abro rápidamente, pero NO HAY NADIE. ¿Qué está pasando?... Siento que me están vigilando. ¿Qué quieren de mí?, yo no tengo nada. Vuelvo a abrir la puerta, en busca de algún espía, pero no veo nada... Un momento, las hojas del árbol de enfrente llaman mi atención, su color es el sonido de la esperanza. Hay esperanza. Puedo sentirla. “No la hay”, “Coge un cuchillo y córtate”, “Deberías entrarte”, “¡QUE TE MATES!”, “Regina, éntrate, ¿qué haces en la puerta?”. Muchas voces al mismo tiempo, ¿qué quieren de mí?, “CÁLENSE”, grito. “Regina, éntrate por favor”.

Alguien me coge del brazo y me entra. Es mi mamá, que me mira desconcertada. “¿Qué tienes? ¡HABLA!” No sé qué tengo, no sé, solo quiero que paren de hablar al tiempo, me tienen desesperada, me duele la cabeza, los ojos, los dedos, las uñas, el pelo, TODO. No soy capaz de pronunciar palabra. Caigo al piso, débil, no puedo soportar el peso de mi propio cuerpo. Empiezo a ver que todo se va oscureciendo, poco a poco dejo de ver la luz del día y empiezo a ver una mancha negra; entre más la miro, más penetrante se vuelve.





Está oscuro. Siento un vacío gigante en mi pecho. No, no es un vacío cualquiera, es como si estuviera bajando en un ascensor rápidamente. Voy bajando, calculo que llevo 15 minutos bajando.

¿Dónde estoy? ¿A dónde voy? NO VEO NADA. Tengo mucho miedo. Se detiene por fin el ascensor, o eso creo, pues ya no siento el vacío en mi pecho, aunque, claro, puede ser que me haya acostumbrado a la sensación.

Empieza a hervirme la cara, siento que mis cachetes se ponen rojos, al igual que las palmas de mis manos y pies. Siento muchísimo calor, me quiero quitar todo... Espera, no tengo nada puesto, ¿o sí? ¿Qué hago aquí? Que alguien me saque, no quiero estar en este lugar. Empiezo a sudar, pero esta vez el sudor es frío, es un alivio, parece agua refrescante.

“¿Qué haces aquí?”, me gritan. “VETE”, “Estúpida”, “Mátate”, “Mátalos a todos”. Las voces vuelven al mismo tiempo, no me dejan pensar en lo que dicen. “No quiero estar aquí”, les digo. “No quiero estar aquí (risas), ¡claro que NO!”, contesta una. ¿Por qué me molestan?, ¿qué quieren de mí?, ¿quiénes son?

Ya no estoy en el ascensor, eso es seguro, pero igualmente sé que estoy cada vez más abajo... ¿de dónde?... NO LO SÉ, pero cada vez voy más profundo. De la nada entra en mi pecho una puñalada de desesperanza. No voy a salir jamás de acá, no voy a volver a estar igual, no voy a estar bien, debería matarme, como ellas dicen.

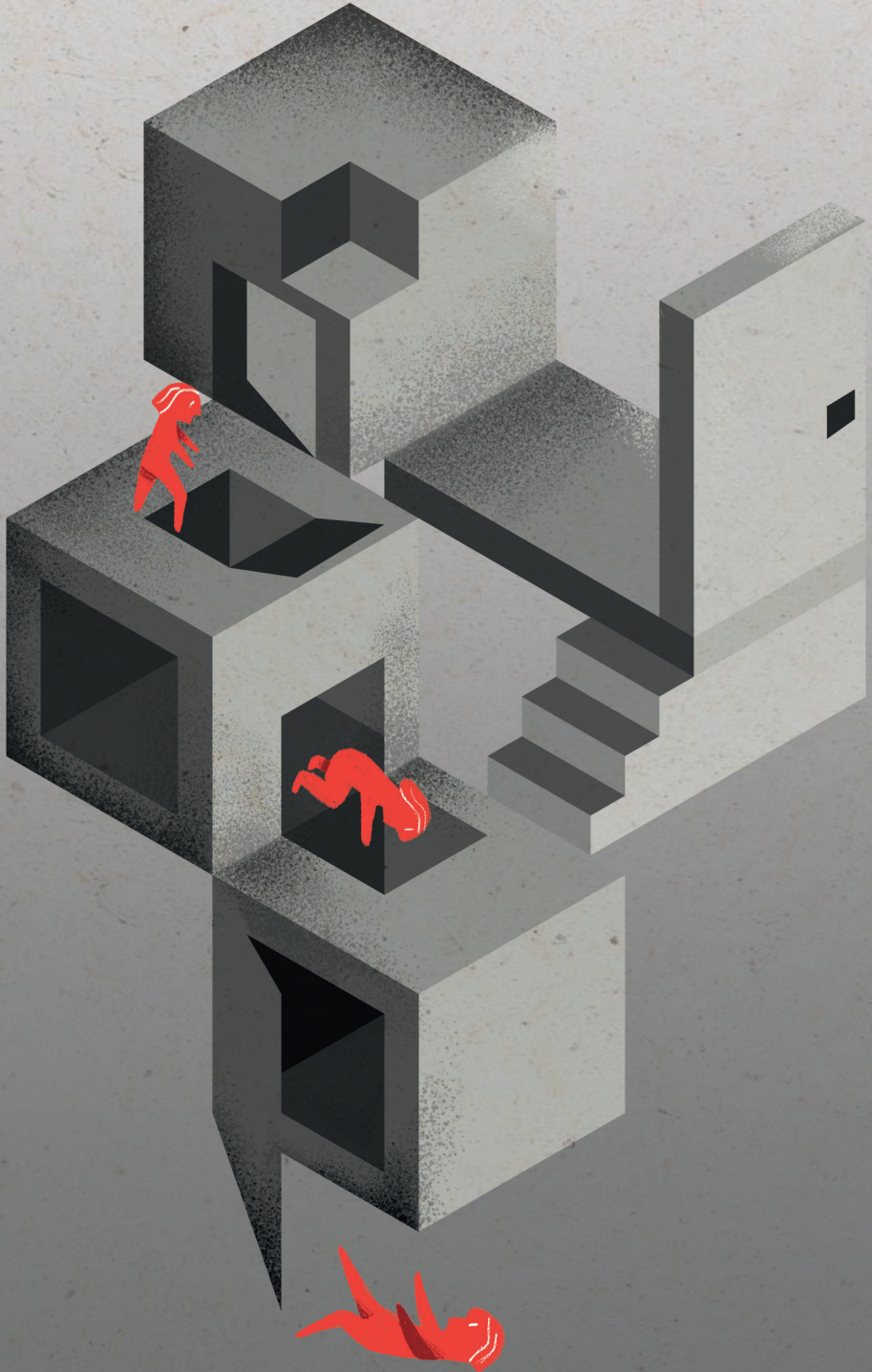
Siento cómo mis sueños se rompen, jamás los voy a poder cumplir, ya no soy la misma de antes, mi vida cambió, pero ¿por qué cambió? Empiezo a llorar, o eso pretendo hacer, pero no me salen lágrimas. Se dibuja borrosamente una puerta justo en frente mío. Me acerco a ella, ¿o ella se acerca a mí? Ni siquiera sé si estoy de pie o si estoy caminando. Sujeto la chapa, está fría como la oscuridad de este lugar. Abro la puerta. Entro a otra habitación - ¿o es la misma? -. Esta vez es más oscura, lo siento. Las voces no se han callado un solo segundo y, al parecer, la oscuridad las motiva a


gritarme más cosas. Me desesperan. Veo al número tres, me dice algo que no comprendo. Veo otra puerta, esta se encuentra más lejos de donde yo estoy. Corro para alcanzarla. La chapa de la puerta está más fría. Abro la puerta. Otra habitación - o la misma -, más oscura. Se unen más voces, ahora hablan más fuerte.

NO SE CALLAN. El número tres está con el cuatro y el dos. El dos me gusta, siento que no quiere hacerme daño.

MÁS VOCES. **ME QUIERO MORIR**





The image features a vibrant red background. On the left side, there are several black geometric shapes: a horizontal bar at the top, a vertical line extending downwards, a large yellow triangle pointing downwards, and a series of black rectangular blocks of varying sizes and orientations, some overlapping. The text is positioned on the right side of the page, centered vertically relative to the yellow triangle.

A lo lejos, veo un hombre. Corro hacia él y lo reconozco inmediatamente, tantos años extrañándolo, tantos recuerdos inconscientes de él: es mi papá. “Sigue los pasos de Frank, suicídate, mátate, nadie te quiere”, gritan las voces en diferentes tonos, ritmos y momentos. “Papá, sácame de acá... ¿Por qué no haces nada?”, le ruego, “porque hace mucho tiempo que no hago nada” y, sin más, su figura se desvanece, al igual que su recuerdo. Es su culpa, estoy acá por él... Veo otra puerta. La chapa está más fría. La abro. La oscuridad es horrible.

TODO ESTÁ NEGRO, hasta los números, que sé que están ahí. Las voces ya no son agudas, ahora son graves, muy graves. OTRA PUERTA. Que alguien pare esto.

¡OTRA PUERTA! Voces...

¡¡OTRA PUERTA!! MÁS VOCES

...NO MÁS...

¡¡¡OTRA PUERTA!!!



Ya no escucho nada. De repente, suena el despertador. Veo todo oscuro. Entra en mí un sentimiento de desesperanza, ¿por qué? Abro mis ojos y entra una luz blanca a mis pupilas. Enfoco el despertador y lo apago. Me levanto de la cama y, aunque me siento mareada, camino hacia el baño. Empieza la rutina. Me miro al espejo y veo algo diferente en mí, parece que hoy va a ser un día especial.





Este libro
se terminó de imprimir en el
mes de junio de 2019 y con él culmina la
oscuridad bajo mis párpados, convirtiendo las pági-
nas en recuerdos, como una sombra de lo que fue. Ahora
entendemos que no hay que temerle a la oscuridad, sino a lo
que hay en ella.

